ÍNDICE

Prefacio a la edición homo legens	9
I. El poder: paradojas de un análisis	17
Indefinición del concepto “poder”	19
El pesimismo sobre el poder	43
El poder y sus límites	67
II. El poder en la modernidad	83
La fascinación por el Estado	85
El Estado redentor	109
Teocracia moderna y democratismo absoluto	133

III. El poder en la posmodernidad	159
El poder invisible	161
La legitimación simbólica del poder: la globalización	181
La muerte de la política	209
Epílogo a modo de decálogo: frente al poder	227
Bibliografía	235

PREFACIO A LA EDICIÓN

HOMO LEGENS

En 2002 veía la luz este libro, publicado por la editorial Scire. Ese texto se ha mantenido íntegro debido a que no ha perdido un ápice de su valor y actualidad. La obra, breve pero intensa, ha intentado rellenar un hueco que todavía existe en la historia del pensamiento político: la reflexión sobre el poder o *cratología*. El ejercicio del poder o el padecimiento del mismo es una de las dinámicas vitales más constantes en nuestra existencia diaria, sea de forma consciente o inconsciente. En el supuesto, antropológicamente incompleto, de que la sociedad fuera un conjunto de relaciones, éstas sólo podrían enmarcarse

en última instancia como relaciones de poder en las que voluntades se imponen sobre voluntades. El mundo actual no contempla la autoridad, la amistad o el amor como relaciones connaturales que forjan la comunidad, sino como constructos simbólicos elaborados por una sociedad o instituciones para mantener formas de dominación.

El abandono de la filosofía aristotélico-tomista tuvo como consecuencia derivada la imposibilidad de entender la comunidad política como una realidad natural, y de ahí que la modernidad inventara el naturalismo rousseauiano como sustituto de la verdadera naturaleza. Si lo único natural –para Rousseau– era el hombre no contaminado por la civilización, significaba que la sociedad vendría a ser un invento o constructo de las voluntades individuales, que se sacrificaban en aras de una divinizada voluntad general. La modernidad cayó en dos paradigmas falsos para comprender lo social y de ello surgieron los peores totalitarismos, incluidos los democráticos que profetizara Tocqueville.

Por un lado, tenemos el paradigma atemporal, donde las sociedades se intentan explicar por un mero contrato social del que nadie tiene registro histórico y por el que se pasó de la

libertad natural a la civil. Pero este paradigma, un mero acto de fe, excluye toda explicación empírica del desarrollo de las sociedades y civilizaciones, al proponer una especie de creación de la sociedad ex-nihilo. En el mismo orden de disquisiciones, a los autores contractualistas no les quedaba más remedio que reconocer que los regímenes surgidos de ese hipotético contrato no libraban a los individuos del sometimiento del poder de los individuos más fuertes, sino que se sometían al gobierno pactado, que acumulaba el poder de todos los hipotéticos opresores.

Por otro lado, el segundo paradigma intenta explicar la configuración de las sociedades desde un proceso evolutivo-organicista, según el cual las sociedades evolucionan hacia un estadio de perfección gracias a unas leyes intrahistóricas deterministas. El progreso es, por tanto, la consecuencia de la ausencia de libertad colectiva y el sometimiento de las individualidades a las leyes inequívocas del progreso. Este esquema, utilizado por autores denominados democráticos y totalitarios, coincide esencialmente es sus distintas formulaciones.

Descubrimos, así, que los entramados teóricos para explicar o justificar por qué existen

estructuras de poder en la sociedad han sido siempre insuficientes, incompletos y contradictorios. Hay un profundo abismo entre las propuestas teóricas de la democracia, por ejemplo, y la realidad sociológica que constatamos en ellas como artefactos de poder. De ahí que este libro intente en su primera parte dilucidar estos problemas y falsos encajes que se han producido en la modernidad a la hora de aspirar a una sociedad “libre” de poderes, y a la vez una estructura social solo inteligible como estructura de poder.

Una segunda parte del texto que presentamos pretende arrojar luz sobre el origen de la configuración de los esquemas y conceptos políticos que han dado lugar a la modernidad política como una forma de secularización. La aportación más original a esta segunda parte es descubrir que tras la secularización del poder político moderno se esconde una forma de sacralización del mismo. No podríamos entender la modernidad política sino como un proceso de sacralización de lo político bajo apariencias secularizadas, fruto del apagamiento del protestantismo y su confusión y fusión entre lo natural y lo sobrenatural, lo terrenal y lo celestial.

Las bases teóricas de la tiranía legítima, la negación al derecho de resistencia, el inmediatismo del poder del soberano concedido por Dios sin limitación alguna, el propio contractualismo como rememoranza de la Alianza del Pueblo escogido con su Dios, rindiéndose plenamente a su voluntad, están en las teologías protestantes. Igualmente, los movimientos más radicales del protestantismo pergeñaron las actitudes y los conceptos revolucionarios que dos siglos después abanderaría el ateísmo anarquista o marxista. Por resumir, nunca habría aparecido la teoría del derecho divino de los reyes sin el protestantismo. Y sin aquella, tampoco habría surgido el “derecho divino de los pueblos”.

Este libro pretende desentrañar qué se esconde bajo la idea moderna de “ciudadano”, de “progreso”, de “igualdad” y tantos y tantos conceptos que hemos asimilado como irrenunciables en nuestros excursos políticos. No obstante, la modernidad, que se nos presentó como un armazón conceptual irrefutable, de la noche a la mañana dejó paso a la posmodernidad. Del paradigma moderno han quedado restos quebrados de filosofías y concepciones mal articuladas y desencajadas. Sobre ellas, sobrevuela un

nuevo paradigma: la posmodernidad. En otros tiempos, el ejercicio práctico del poder exigía una legitimidad bien en forma teológica, bien en forma romántica y pseutocientífica. Con la posmodernidad, el poder queda desmaterializado y sus formas de legitimación teórica apenas tienen importancia. Lo fundamental no es la deconstrucción del poder como una estructura social, sino reducirlo a proyecciones imaginarias que articulan las acciones de los individuos en los sistemas sociales sin que estos sean capaces de darse cuenta de que están inmersos igualmente en un sistema de poder.

De ahí que la posmodernidad busque formas de control en las que muchas veces el controlador y el controlado son el mismo sujeto. Se han desarrollado los mecanismos de autocensura que hacen innecesarias grandes disquisiciones sobre la tolerancia. La racionalidad y la legitimación son apenas residuos de las viejas formas de poder configuradas en la modernidad. Esta ha envejecido rápidamente y mal. Nuestra obra, en su momento, detectó este cambio de paradigma y expuso las claves para entender los mecanismos esenciales del funcionamiento del poder en las sociedades posmodernas. El tiempo

nos ha dado la razón y ha permitido que algunos investigadores sociales nos adentremos en el funcionamiento de los actuales mecanismos de control social.

Javier Barraycoa

I

EL PODER: PARADOJAS

DE UN ANÁLISIS

«En la especulación política se incluye ya “la tiranía de la mayoría” entre los males contra los cuales debe ponerse en guardia la sociedad». (John Stuart Mill)